



por
ANTONIO INIESTA

Otra vez el amor (2)

En mi anterior artículo con este mismo tema, prometí un segundo artículo que aclarara o que coadyuvara a esta idea del amor en todas sus vertientes, pues ya dije que el amor es un sentimiento eterno, aunque no en su desarrollo ni en la manera de cristalizar sobre el individuo.

El amor encasillado dentro de una moral estrecha, ese amor al que conocemos por la vía del entendimiento y de la razón, o sea, el amor normal y al que la razón parece que le viene ancha, ese amor, digo, que a primera vista parece que es aburrido e inocuo, es al que nos estamos refiriendo como ejemplo y que puede ser falso a pesar de su cara lavada y su atuendo vistoso.

El amor crece en terrenos hostiles, se agiganta ante la dificultad, que pueden ser todos esos elementos que le rodean como familia, nivel social, o el egoísmo de los allegados, sobre todo de los padres, que en muchísimas ocasiones valoran muy por encima lo que van a dar por lo que van a recibir. Y eso es un error, porque el amor que se siente trajinado por todos puede repercutir sobre los novios, que serán los más perjudicados.

El amor está hecho para ser vivido por una pareja, si es posible sin injerencias extrañas, a solas, como cautivos del alma, que es precisamente donde el amor se revitaliza en ese deseo a que son sometidos los amantes. Son personas, hombre-mujer, aisladas del mundo y un poco locas, pues el enamorado ha perdido parte de su control. Se dice muchas veces, está loca por ese hombre o viceversa, y es verdad, pues es un impulso que escapa a la meditación y al entendimiento. El o ella sólo ven al ser amado, en una confrontación anímica, el mundo que les rodea no cuenta para el corazón y

hay una carga sentimental en la que el mundo que viven tiende a desaparecer, buscando, como decía antes, la intimidad más absoluta. Los padres, los amigos, han pasado a un plano bastante nebuloso. Y sé que se dirán ustedes, ¿pero es que no ven lo que está pasando? No, ese diablillo con forma de ángel que lleva un carcaj lleno de flechas, les ha puesto una venda en los ojos.

Este amor al que hemos llamado normal por llamarlo de alguna manera, pues en el amor no hay «normalidad» y cuando la hay es un amor mezquino e inocuo, este amor, digo, capaz de grandes cosas (entre otras, respetar a la novia hasta el día de la boda), este prototipo amoroso está a punto de pasar a ser una figura de museo. La mujer no es lo que era, la mujer se ha desmelenado y se ha vuelto más atrevida, y sabe lo que quiere y cómo lo quiere. Ahora el intérprete del amor es más libre, le tiene sin cuidado el decorado, y este cambio visceral y puramente estructural es el que nos ha metido de lleno en ese terreno, dejando al descubierto las raíces ancestrales. El presente, que se nutre del pasado, ha roto, en una pirueta de circo, con las fuentes de la fe y del corazón, que son las que riegan las parcelas del alma.

Al romper con todas estas costumbres, al renunciar a ese aire vivificante del pasado, el amor ha perdido las muletas y va a la deriva tropezando con todos esos inconvenientes que nos pone la vida, y acaba en lo que están acabando tantas historias de amor que parecían ejemplares y que se fueron al garete porque uno o ambos cónyuges no supieron perdonar. Y voy a decirlo, aunque alguien se lleve las manos a la cabeza ante tamaña monstruosidad: el matrimonio es perdonar, perdonar y perdonar, así de claro, pues los cónyuges son seres humanos sujetos a sus debilidades.

Pero si la soberbia dice no, se habrán perdido todas las posibilidades.

Por una nonada, uno o los dos, sacan sus espadas y rompen el lazo que les unía, y todo porque no había verdadero amor. Cuando el amor embarga a esa pareja, el problema presenta un carisma distinto, con muchas posibilidades de arreglo. Si hay en la vida algo que merece la pena, es recibir esa brisa gratificante del perdón.

Otra cosa es que el amor no sea correspondido, que se finja un sentimiento que se está muy lejos de sentir. En este caso el amor puede morir por sí solo, pues es un estado de reciprocidad. El amor que no es correspondido, acaba muriendo en el tiempo en la soledad más absoluta.

No olvidemos nunca una cosa muy importante, que somos parte activa en nuestras desgracias: por correr mucho en la carretera, por beber sin el debido control, por estar con esa mujer, aunque sólo sea para pincharla en nuestra panoplia con un alfiler y exhibirla como trofeo.

Sea como sea, si crees como si no eres creyente, si la religión te importa un bledo, al final de todas estas «batallas» está Dios.

SONETO

*Hoy también, Amor, has madrugado
y llegas puntual hasta mi cama,
y me das un tirón, como el que llama
con un dulce sonido susurrando.*

*Algo dice al oído que has llegado
con lírico temblor, como el que ama,
para ofrecermelo el día en una trama,
que sabe a pan de trigo molturado.*

*Y esas pisadas tuyas amorosas,
que vagan por mi sien acariciantes,
son además de tuyas tan gloriosas,*

*que me voy por tus sendas luminosas,
dejándome mi pie de caminante,
parado en la belleza de las cosas.*